

CONSTRUYENDO LA ANTIGÜEDAD

Actas del III Congreso Internacional
de Jóvenes Investigadores
del Mundo Antiguo
(CIJIMA III)

José J. Martínez García - Lucía García Carreras
Dámaris López Muñoz - Consuelo I. Caravaca Guerrero
Celso M. Sánchez Mondéjar - Carlos Molina Valero
María Andrés Nicolás - Pedro D. Conesa Navarro
(Coords.)



cepoAt

CENTRO DE ESTUDIOS DEL PRÓXIMO ORIENTE Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA
UNIVERSIDAD DE MURCIA

CIJIMA III

III Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores del Mundo Antiguo
(7 y 8 de abril de 2016)
www.um.es/cepoat/cijima

© De los artículos: los autores

© De esta edición: Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía

COMITÉ ORGANIZADOR:

Rafael González Fernández (Universidad de Murcia)
Gonzalo Matilla Séiquer (Universidad de Murcia)
José Javier Martínez García (Universidad de Murcia)
Pedro David Conesa Navarro (Universidad de Murcia)
José Antonio Molina Gómez (Universidad de Murcia)

COMITÉ CIENTÍFICO:

Alejandro Egea Vivancos (Universidad de Murcia)
Laura Arias Ferrer (Universidad de Murcia)
José Miguel García Cano (Universidad de Murcia)
José Miguel Noguera Celdrán (Universidad de Murcia)
Nuria Castellano Solé (Universidad de Barcelona)
Juan Carlos Olivares Pedreño (Universidad de Alicante)
Carlos Molina Valero (Universidad Complutense de Madrid)
Celso Sánchez Mondéjar (Universidad de Murcia)
Josep Padró i Parcerisa (Universidad de Barcelona)
Helena Jiménez Vialás (Université de Toulouse)
Fernando Prados Martínez (Universidad de Alicante)

CONSTRUYENDO LA ANTIGÜEDAD

Actas del III Congreso Internacional
de Jóvenes Investigadores
del Mundo Antiguo
(CIJIMA III)

José J. Martínez García - Lucía García Carreras
Dámaris López Muñoz - Consuelo I. Caravaca Guerrero
Celso M. Sánchez Mondéjar - Carlos Molina Valero
María Andrés Nicolás - Pedro D. Conesa Navarro
(Coords.)

**CENTRO DE ESTUDIOS DEL PRÓXIMO ORIENTE Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA
UNIVERSIDAD DE MURCIA**

CIJIMA III

2016

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Durante los primeros doce meses, ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía
C/ Actor Isidoro Máiquez, 9, 30007, Murcia.
Tlf: +34 868883890
Correo electrónico: cepoat@um.es
URL: <http://www.um.es/cepoat/cijima>

Portada: *Opus reticulatum* en Ostia Antica (Italia, 2007). Fuente: CEPOAT.
I.S.B.N.: 978-84-931372-5-0
Año publicación: 2017
Depósito Legal: MU 551-2017
Maquetación: José Javier Martínez, Lucía García Carreras
Edición y Fotocomposición: CEPOAT

INDICE:

Prólogo

Helena Jiménez Vialás 9

PRÓXIMO ORIENTE Y EGIPTO

La ruptura de Amarna: hechos, teorías, causas y consecuencias

Iria Souto Castro 13

Las capillas de la barca de Amón en el Antiguo Egipto

Irene Sáenz Blázquez 55

Preámbulo sobre el estudio iconográfico de diferentes divinidades y entes mitológicos serpentiformes en el antiguo egipto

Marta Arranz Cárcamo 83

La concepción de los niños tras la muerte en el Antiguo Egipto

Laura Burgos Bernal y Jessica Mogollón Montaña 101

La colección de amuletos egipcios de la familia matthews-beyens. estudio preliminar

Olga Navarro-Cía 123

Tendencias historiográficas y perspectivas actuales para el estudio de las relaciones interculturales en el próximo oriente antiguo

Juan Álvarez García 157

GRECIA

Dinámica e interacción entre los primeros reyes Mérmnadas y las poblaciones griegas de la península de Anatolia.

Alessia Facchin Díaz 191

De la música oriental a las prácticas musicales de la Grecia Arcaica

Luis Calero Rodríguez 217

La pederastia institucionalizada en la sociedad espartana

Unai Iriarte Asarta 233

Las representaciones femeninas aladas y el fin de las tiranías en la moneda griega de Sicilia: análisis comparativo iconográfico.

José Miguel Puebla Morón 249

PENÍNSULA IBÉRICA PRERROMANA

Los kalathoi ibéricos: funcionalidad, contenido y simbolismo. el ejemplo de la cesetania

David Camuña Pardo 263

El tesoro de el carambolo (camas,sevilla):viejas y nuevas teorías de un conjunto clave en la materialización de la cultura tartésica

Pedro Miguel Naranjo 289

ROMA

Culto imperial en las capitales provinciales altoimperiales de hispania

Dámaris López Muñoz 319

TURRIS CAEPIONIS, antiguo faro de Chipiona. Ubicación y visibilidad desde la costa en época romana

M^a Soledad Gómez Muñoz 353

Los ajuares egipcios en las necrópolis de la Hispania romana. ¿Importación o reutilización?

Carmen Muñoz Pérez 381

La influencia del pensamiento griego en la actividad política de Tiberio Graco

Juan García González 415

Antecedentes del conflicto cristiano-pagano antes del siglo IV d.C.

Marina Murillo Sánchez 453

Apocalíptica y fin del mundo en el cristianismo primitivo: el anticristo en comodiano y victorino de petovio

Jorge Cuesta Fernández 483

Juicios para una nueva era. Las valoraciones de Orosio sobre los emperadores perseguidores de los cristianos.

Antonio José Meseguer Gil 509

Los bárbaros a las puertas de las ciudades: el engaño como método de conquista a través de la crónica de hidacio de chaves (s. V)

Benito Márquez Castro 521

LA CONCEPCIÓN DE LOS NIÑOS TRAS LA MUERTE EN EL ANTIGUO EGIPTO

Laura Burgos Bernal

Universidad Complutense de Madrid

Jessica Mogollón Montaña

Universidad de Castilla-La Mancha

RESUMEN

La intención esta comunicación es mostrar algunos aspectos sobre la percepción que se tenía de los niños tras la muerte en el Antiguo Egipto a través de las diferentes investigaciones que se han dedicado a su estudio. La infancia es un segmento poblacional que no ha sido valorado en su medida hasta hace unas décadas, pero del que cada vez están surgiendo más estudios relacionados que sacan a la luz diferentes aspectos de la vida y tratamiento de los niños a lo largo de la historia del Antiguo Egipto.

Palabras clave: infancia, cuidado, enterramientos, culto doméstico.

ABSTRACT

The aim of this paper is to show few aspects about the perception that ancient Egyptians had of the dead children in Ancient Egypt through different researches that have been made about it. Childhood has not received much attention until few decades ago, however, there are increasing related studies that bring to light different aspects of children's life and treatment throughout Ancient Egyptian History.

Keywords: childhood, care for, interment, domestic cult.

INTRODUCCIÓN

En este artículo analizamos la figura de los niños del Antiguo Egipto en el ámbito funerario, partiendo y tomando como base el valor y la protección que se les otorgaba a los menores durante el embarazo y su infancia. Nos centraremos primero en cómo eran vistos y tratados los niños durante su vida, para pasar después a intentar esclarecer cómo era su relación con sus familiares al morir, pues parece que no tuvieron la misma relación que con otros miembros difuntos de la familia.

Se conoce el gran valor de los niños en la sociedad egipcia, causa por la cual existían numerosas fórmulas mágicas y diversos amuletos que trataban de proteger a los menores de todos los peligros a los que podían exponerse, intentando sobrevivir de esta manera a la alta mortalidad infantil de la época. Los hijos eran un elemento fundamental

en las familias, pues eran ellos los que deberían cuidar de sus padres al llegar a la vejez, además de ser los encargados del mantenimiento de su memoria y culto funerario. Por eso, se conocen incluso procesos de adopciones de parejas que no podían tener hijos biológicos y adoptaban para que éstos hiciesen esas tareas de cuidarlos en su vejez y mantener su memoria y culto funerario.

Llama la atención que, a pesar de la gran mortalidad infantil, se dispone de pocos restos de enterramientos de niños en relación con el total, siendo estos enterramientos muy diversos, ya que los podemos encontrar enterrados bajo el suelo de las propias casas, en cestas, en *pithoi*, o en cementerios de algunas comunidades, como el Cementerio Sur de Amarna.

El bajo número de enterramientos infantiles documentados hasta la fecha puede estar relacionado con la concepción que se tenía de ellos dentro de la sociedad, y a la vez debido a que los estudios centrados en la infancia son relativamente recientes.

Hasta la primera mitad del siglo XX no encontramos análisis concretos del periodo de la infancia, que vendrían de la mano de Freud y sus comparaciones de sociedades contemporáneas con los pueblos primitivos. Pero no será hasta 1960 con Arriès y su obra *La infancia y la vida familiar bajo el Antiguo Régimen*, cuando verdaderamente se estudie la infancia en el pasado. Arriès observó que los niños tenían una vida similar a la de los adultos y por ello propuso que el término de “infancia” no habría surgido hasta bien desarrollada la Ilustración. La propuesta de Arriès tuvo primero muchos defensores pero más tarde fue criticada por investigadores como DeMause, quien en su obra *Historia de la Infancia* (1974) demostró que ya existía en la Antigüedad (Justel, 2012, pp. 17-18). DeMause propuso que las diferentes concepciones de infancia estaban asociadas a las formas de crianza, es decir, al tipo de relación que tenían los padres con los hijos, fijando además seis tipos, donde cada una iba superando a la anterior (Santiago, 2007, p. 33).

A partir de estas dos corrientes de investigación, comenzaron a surgir diferentes análisis de la infancia en diferentes periodos, pero casi todos iban enfocados a la relación que tenían padres e hijos, viendo a estos últimos como objetos pasivos dentro de las familias. Los antropólogos consideraron tanto a los niños como a las mujeres “grupos mudos” de la historia, por lo que se sumó a los estudios de género los estudios sobre la infancia.

El estudio de la infancia en la Antigüedad siguió la misma evolución, siendo a partir de mediados del siglo XX cuando se incrementaron las investigaciones y en la década de los noventa cuando se produjo un auge (Justel, 2012, pp. 21). Gracias a esto, se ha visto que en la Antigüedad le daban importancia a la infancia y no solo a nivel social o económico, sino también a nivel religioso y sentimental, tal y como han demostrado las fuentes del Antiguo Egipto hablando de la importancia del culto funerario a los ancestros y como intentaremos justificar a lo largo de este artículo.

EL VALOR Y LA PROTECCIÓN DE LOS NIÑOS

En la antigua sociedad egipcia, los niños eran vistos como un signo positivo, ya que significaban prosperidad y continuidad, por ello no es de extrañar la alta tasa de natalidad de la época, necesaria además para contrarrestar el elevado porcentaje de muertes infantiles.

Para los campesinos, tener hijos les suponía una ayuda y mano de obra para el trabajo, de modo que podían aumentar la rentabilidad del trabajo agrícola. Por otra parte, los hijos serían quienes les cuidarían y apoyarían en sus últimos años de vida (Meskell, 2002, p. 65), ya que los hijos no solo tenían función biológica, sino también un importante papel ideológico, pues eran ellos los encargados de mantener el culto funerario y perpetuar la memoria de sus antepasados (Fig. 1).



Figura 1. Placa de los Reyes Sethi I y su hijo Ramsés II recitando formulas y quemando incienso ante sus antepasados. 1300 a.C., Abidos, templo de Sethi I.

Además, la función del hijo también era continuar el trabajo de su padre, de modo que ocuparía su puesto, y supondría motivo de alegría para él, quien le habría aconsejado sobre las virtudes y cualidades que debía tener (Cimmino, 1991, p. 198). Comprendemos por ello que existiese una alta natalidad, ya que acompañando a la ayuda que ofrecerían a los padres, estaría a su favor que costaba muy poco dinero mantenerlos mientras eran pequeños (Montet, 1990, p. 79).

Con el valor que tenían los niños para los antiguos egipcios y sabiendo la alta mortalidad infantil que existía, parece normal que quisieran protegerles de todos los peligros a los que se pudiesen enfrentar, ya fuese de los males más comunes como fueron la neumoonosis, viruela u otras relacionadas con parásitos y mosquitos (Parra, 2010, pp.

207-215), de problemas más específicos que afectaban según la edad (posibles defectos de nacimiento, probables accidentes, defensas inmunológicas muy bajas (Szpakowska, 2008, p. 39), etc.) o de la amenaza de animales, siendo los más comunes en Egipto los escorpiones y las serpientes, los cuales suponían un peligro para toda la población, pero eran más perjudiciales para los niños.

Ante esto, los egipcios trataron de protegerse mediante magia que otorgaban a determinados objetos, o mediante la creación de conjuros y hechizos. La magia formaba parte de la sociedad egipcia, y es por ello que creían que todos los peligros, y en general todos los fenómenos naturales, provenían de genios, divinidades, difuntos, etc.

La protección de los niños comenzaba durante el embarazo, donde una de las medidas protectoras era mediante amuletos mágicos que se colgaban del cuello de la madre (Pérez Largacha, 2004, p. 86) y que evitarían que aconteciera ningún mal a la vida que se desarrollaba en ellas, siendo dos de los amuletos más usados los que tomaban forma del dios enano Bes y de la diosa hipopótamo Tauret (Demarchi, 2012, p. 4).

También se han conservado varios textos mágico-médicos cuya función era ayudar a la mujer en el momento del parto, ya que el nacimiento era uno de los momentos más peligrosos, donde para prevenir riesgos se desarrollaron diversos amuletos, hechizos y conjuros destinados a proteger a los más pequeños. Algunos de los conjuros han llegado hasta nosotros por medio de papiros, entre cuyas funciones podemos encontrar: *“Para dar protección al niño el día de su nacimiento”* (Robins, 1996, p. 92).

Tras el nacimiento se le otorgaba al niño un nombre, ya que consideraban que éste tenía un poder mágico para lanzar una maldición contra los entes maléficos y para invocar la protección de los dioses (Cimmino, 1991, p. 200). El hecho de otorgar un nombre al recién nacido también se debe a que, para los antiguos egipcios, un individuo no podía existir sin nombre, aunque ya durante la gestación, el feto era considerado como un ser vivo y por tanto requería protección (Meskell, 2000, p. 425).

Tras el nacimiento encontramos numerosos amuletos para los niños, que clasificamos principalmente en tres: amuletos de papiro, tiras curvadas y amuletos de figuras.

Los amuletos de papiro, consistían en escribir sobre un papiro delgado un conjuro que dirían los dioses, a modo de decreto, después se enrollaba y se introducía en un estuche de cuero o madera, el cual se colgarían del cuello los niños, y éste les ayudaría a superar cualquier mal. Este tipo de amuleto se compraría tras el nacimiento del niño en los templos, siendo escritos por los sacerdotes, que escribirían contra los males que desearan evitar sus padres, siendo los más habituales las enfermedades (Brier, 2008, p. 160).

Uno de los amuletos sobre papiro encontrados era para una niña, en el cual se dice: *“La salvaremos de las siete estrellas de la Osa Mayor y de la estrella que caiga del*

cielo y se aplaste contra la tierra [...]. La salvaremos de todo tipo de muerte, de toda enfermedad, de toda acusación, de todo mal, [...]. La salvaremos de toda hechicería, de todo mal de ojo, de toda mirada malévola”.

Otro ejemplo de conjuro de papiro es el amuleto de protección perteneciente a un niño, donde se enumeran todas las partes del cuerpo que podrían quedar afectadas por una enfermedad (las cuales estarían protegidas) y como ayudaría a su desarrollo físico, psicológico y económico: *“Mantendré sana su carne y sus huesos; mantendré sana su cabeza; mantendré sano todo orificio [...]. Lo haré crecer, lo haré desarrollarse, lo haré volverse excelente y lo haré volverse inteligente. Lo haré volverse tan [rico que] podrá ver cómo las manos se le doblan [por el peso de las ofrendas] hacia Amón, Mut, Jonsu y Montu”* (Bresciani, 2001, pp. 97-99).

El segundo tipo, las tiras curvadas, se desarrollan durante el Reino Medio y el Segundo Periodo Intermedio, estando asociadas con niños y madres. Estaban hechas generalmente de colmillo de hipopótamo, aunque se podían utilizar otros materiales. El colmillo se fracturaba por la mitad de forma que por un lado quedase plano y por el otro curvo, y se decoraba un lado o los dos con figuras de animales fantásticos, demonios benévolos y símbolos apotropaicos. Las figuras que más veces se representaban era las de la diosa hipopótamo Tauret y otra parecida a Bes. La función de estas tiras queda clara cuando se leen las inscripciones que tenían, tales como: *“protección por la noche, protección por el día”, u otras más largas que incorporan el nombre de la que se supone que es la dueña o del niño: “Corta la cabeza del enemigo cuando entre en la habitación del niño al que la señora...ha dado a luz”* (Robins, 1996, pp. 93-94).

Encontramos ya en el tercer grupo los amuletos de figuras, siendo uno de los más frecuentes el ojo de Horus o *Udjat*. Éste protegía al recién nacido de la misma forma que lo había estado Horus en sus primeros años de vida mientras vivía escondido en el Delta y su madre debía cuidarle. Estaba considerado como el amuleto protector más poderoso, y por su gran utilización han llegado hasta nosotros muchos ejemplares de diversos materiales y periodos.

Otros amuletos de figuras son los de las diosas Isis, Hathor y Tauret, y la del genio Bes. Los dos últimos estaban también en relación con la protección del nacimiento y la parturienta, pero también eran importantes en la protección de los niños pequeños durante la infancia, principalmente Bes, a quien también le estaba encargada la tarea de proteger el hogar por tener poder frente a los malos espíritus y someter a las serpientes (Arroyo, 2006-2007, p. 34).

Observamos con esto que en Egipto la magia estaba unida a la religión, y que se utilizaba para controlar los aspectos de la vida que podían ocasionar algún problema, así como para obtener en un futuro, más o menos cercano, lo que se deseaba. De esta forma, para los niños, al ser la parte de la población más indefensa, se desarrollaron numerosos

tipos de amuletos y conjuros específicos contra todos los peligros y enfermedades, protegiéndolos ante todo lo que creían que les podía afectar.

EL FIN DE LA INFANCIA

Muy poco es conocido acerca de las ceremonias que marcarían el comienzo de la adolescencia, existiendo un gran debate en torno a la posible práctica de la circuncisión masculina (Meskell, 2002, p. 87).

En la transición de los chicos, algunos autores defienden que no habría nada importante, solo algún que otro ritual que incluiría algún juego o danza (Sanmartín y Serrano, 1998, p. 199), pero otros están convencidos que cuando llegaban a la pubertad, todos eran circuncidados (Fig. 2), práctica que habrían aprendido de los pueblos semitas (Cimmino, 1991, p. 200).

Comparando diferentes investigadores, parece que los chicos tendrían una

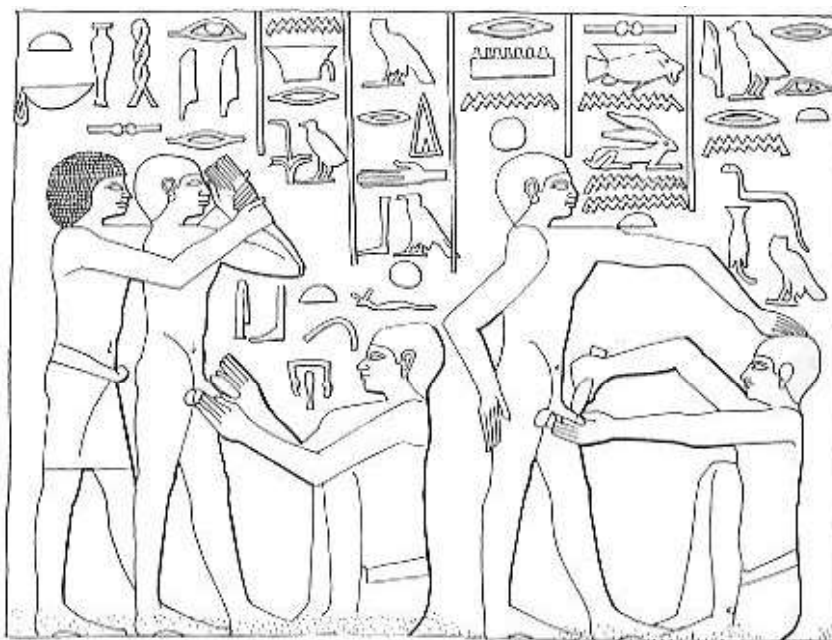


Figura 2. Escena de circuncisión. Mastaba de Ankhmahor en Saqqara, VI dinastía.

ceremonia de paso, en la que el rito de la circuncisión estaría generalizado hasta el Reino Medio, cuando se pierde y se relaciona entonces con el ritual de pureza que tendrían los que se iniciaban en el sacerdocio.

En el caso femenino, no hay ninguna duda de que la menstruación sería un indicador obvio del nuevo estado de la niña, pero si existió algún ritual relacionado o

asociado a su primer ciclo, nos es desconocido. Esto puede deberse a que se considerara un secreto o simplemente que no se le concediera ninguna importancia. Otra posibilidad podría ser la del tabú, pero sabemos que los lavaderos lavaban la ropa de las mujeres, incluidas las ropas de lino utilizadas como paños femeninos, por lo que la menstruación no sería vista como tabú (Szpakowska, 2008, p. 210).

En cuanto a las edades de estos pasos, se presupone que serían más tempranas para las chicas, tal y como se observa según las edades normales a las que se contraía matrimonio, fijando la edad de las chicas en 13 o 14 años mientras que los chicos tendrían aproximadamente 20 (Meskell, 2002, p. 90).

ENTERRAMIENTOS INFANTILES

Las fuentes arqueológicas nos muestran que a lo largo de la Historia de Egipto, los enterramientos infantiles no tuvieron un patrón concreto sino que se realizaron de diversas formas en los diferentes períodos de su historia. Sin embargo, la infancia es el grupo de edad del que menos información tenemos en todos los aspectos. Una causa directa de este desconocimiento sería la tardía entrada de la antropología en este campo de estudio. Hasta la segunda mitad del siglo XX primaron los descubrimientos de grandes tumbas y momias, dejando a un lado las zonas de hábitat y las tumbas menos suntuosas, mucho más aquellos enterramientos que estaban realizados sólo en un hoyo en el suelo. Centrándonos en los niños, sus enterramientos no habían sido objeto de un intenso estudio, limitándose los investigadores en determinar si eran adultos o no, además que en muchos casos la conservación de sus restos era más problemática que la de los huesos de los adultos, e incluso se confundían con huesos de animales (Tristant, 2012, pp. 16-22; Baines y Lacovara, 2002, pp. 13-14).

A partir de la segunda mitad del siglo XX comenzaron estudios más exhaustivos sobre los niños, aunque también es cierto que estos estudios se enmarcaban dentro de la corriente de género, relacionados siempre con el papel de la mujer en la sociedad.

En cuanto a la consideración que tenían de los niños según sus enterramientos, diversos autores han defendido que, debido a que sus tumbas son diferentes a las de los adultos y, a veces, más económicas, los niños tendrían un papel inferior dentro de la sociedad egipcia, recibiendo por ello menos atención sus tumbas. Sin embargo, desde época predinástica nos encontramos con tumbas de niños con un tratamiento similar al de las tumbas de los adultos, con ajuares y ofrendas de alimentos, por lo que también serían merecedores de una serie de cuidados. Incluso se han encontrado, en cementerios donde priman los enterramientos simples en hoyo, enterramientos de niños dentro de pequeños ataúdes de madera, como es el caso del Cementerio Sur de Amarna¹ (Stevens, 2012,

1. Un cementerio donde se enterraba la población que no pertenecía a la élite en el que se han encontrado enterramientos individuales de bebés y niños y otros múltiples donde aparecen adultos,

2013). Además, el grado de complejidad de las tumbas infantiles también se ha utilizado para medir el grado de complejidad y diferenciación social de una comunidad.

Un problema con el que nos encontramos en el estudio de los enterramientos infantiles es que el porcentaje de tumbas documentadas es muy pequeño en relación con la alta natalidad y mortalidad infantil de la época. Existían una serie de factores, tanto exógenos como endógenos que provocaban esta mortalidad, como eran las epidemias o las enfermedades digestivas. Para Jiménez Serrano (2002), el mayor número de muertes infantiles se producirían en el momento en que el niño cambia la leche materna y comienza a consumir alimentos sólidos, lo que conllevaría un aumento de las infecciones intestinales. Pero, a pesar de la gran mortalidad infantil, su representación en contextos funerarios es escasa.

A pesar de todo ello, contamos con enterramientos en todas las épocas de la historia antigua de Egipto. La mayor cantidad de información procede del Reino Nuevo, principalmente gracias a los asentamientos de Deir el-Medina y Tell el-Amarna, aunque nos han llegado desde período predinástico.

En cuanto a su localización, es un tema recurrente en la investigación decir que se enterraban en zonas distintas a las de los adultos porque eran considerados diferentes o como personas incompletas², por lo que no podrían ser enterrados con los adultos (Tristant, 2012, pp. 49-50). Sin embargo, de todos los enterramientos infantiles conocidos, sólo en dos yacimientos aparecen separados del resto: en el yacimiento protodinástico de Adāima (3550-2700), aunque también se han encontrado adultos entre ellos (Coqueugniot, *et al.*, 1998), y en el Cementerio Sur de Deir el-Medina (XVIII dinastía), donde aparecen en la ladera de la colina, los adultos en la cima y los adolescentes entre medias, produciéndose una diferenciación por edades y, aunque el tratamiento de la tumba solía ser más económico que el de los adultos, también tenían joyas y ajuares típicos de enterramientos adultos. Pero en otros yacimientos encuentran junto con los adultos, como en Mirgissa, donde el 50% de las tumbas pertenecen a niños menores de dos años o en Mostageda (31%) (Harrington, 2005, pp. 60-61).

bebés y niños, todos tratados de la misma manera: cuerpo extendido y envueltos en telas. En un enterramiento triple (dos adultos y un bebé), el bebé llevaba un brazaletes de metal alrededor de la muñeca (Stevens, 2012, 2013).

2. Para algunos investigadores, los niños no serían considerados como personas completas, teniendo un estatus diferentes y, por ello, enterrados en zonas separadas de las de los adultos (Tristant, 2012, pp. 49-50) pero, como se ha visto antes, sólo en dos de las comunidades donde se han hallado enterramientos de niños, éstos están en una zona aparte (Adāima y Deir el-Medina), mientras que en el resto de yacimientos aparecen entre las tumbas de los adultos. Por otro lado, investigadores como Meskell (2000, p. 425) o Harrington (2005, p. 60) sí defienden que los niños ya eran considerados personas incluso antes de nacer, por eso la necesidad de protegerlos con diferentes conjuros y amuletos.

Durante el período predinástico parece que predominan los enterramientos simples en hoyos y protegidos por una estera, siempre en posición fetal, del mismo modo que los adultos, a veces con joyas y cerámicas y otros elementos como paletas, peines, alfileres... (Fig. 3) (Tristant, 2012, pp. 23-25).



Figura 3. Enterramiento infantil con ajuar formado por recipientes cerámicos y un colgante. Necrópolis del Este de Adaïma (Tristan, 2012, Fig. 8).

Es a partir de esta época cuando se empieza a evidenciar el deseo de proteger los cuerpos, apareciendo tanto niños como adultos enterrados en recipientes cerámicos y atestiguándose los primeros intentos de momificación. Esto llevará a que aumenten enterramientos de adultos en ataúdes, produciéndose ahora una mayor diferenciación con respecto a los enterramientos infantiles, aunque no de forma clara, pues seguirán realizándose enterramientos adultos envueltos en esteras y también aparecerán niños

enterrados en ataúdes. Ejemplo de ello son los enterramientos del Cementerio Sur de Amarna antes mencionados y el de un niño de unos 10 años enterrado en el cementerio de Harageh en un ataúd de madera y acompañado por escarabeos, pulseras y colgantes con forma de pez, algunos de ellos de oro, lo que nos habla de la posición socioeconómica de la familia (Tristant, 2012, pp. 26-35; Grajetzki, 2004, pp. 29-31).

Los enterramientos en recipientes cerámicos seguirán realizándose durante todo el período faraónico. Los estudios realizados a estos recipientes indican que serían reutilizados. Serían recipientes usados en el ámbito doméstico y después se les daría un nuevo uso funerario para contener el cuerpo de un niño. Incluso se realizaron aberturas a algunos de ellos para albergar en su interior al cadáver, como se puede ver en el cementerio de Adaïma (predinástico), Kom el-Hisn (XVIII dinastía) o Gorub (XVIII-XIX dinastías). Aunque se siguen realizando también en fosas y recubiertos con alguna tela, como en el cementerio norte de Abydos de un niño de 18-20 meses que se enterró con varios amuletos (un ojo de Horus, dos gatos de fayenza y elementos de adorno) (Tristant, 2012, pp. 26-30).

También podrían ser enterrados en cajas, cistas, cestas de juncos o incluso bajo el suelo de las casas, todos con algún elemento de ajuar asociado, principalmente joyas y cerámicas.

Los enterramientos en las casas no eran muy comunes entre la población egipcia³, sin embargo, conocemos su presencia en varios yacimientos datados desde el predinástico, como Maadi y Adaïma en el predinástico, en Abydos y Kahum en el Reino Medio o en Elefantina y Deir el-Medina en el Reino Nuevo, en los que eran cuidadosamente colocados y con un ajuar asociado (Fig. 4) (Tristant, 2012, pp. 43-48; Baines y Lacovara, 2002, pp. 16). No existe ninguna fuente escrita que nos hable sobre esta práctica de enterramiento. Por ello tenemos algunos autores que señalan que obedecerían a motivos económicos, la familia no deseaba realizar un gran gasto en el enterramiento del niño y por eso lo enterraba bajo el suelo de la propia casa (Richards, 2008). Sin embargo, para otros autores, estos enterramientos tendrían un carácter más simbólico, ya que se pensaría que su espíritu volvería al vientre materno o facilitaría un nuevo nacimiento (Jiménez Serrano, 2002; Harrington, 2012, pp. 140-141).

Los enterramientos de niños se vuelven más visibles al registro arqueológico cuando los enterramientos familiares empiezan a ser comunes a partir de la XIX dinastía, con tumbas que albergan a numerosos miembros de una misma familia, incluidos los niños (Meskell, 1999; Baines y Lacovara, 2002, p. 11).

3. Mención aparte merecen las zonas del Delta oriental, sobre todo Tell el-Dab'a, donde sí se han encontrado enterramientos bajo el suelo de las casas, no sólo de niños sino también de adultos, durante el Reino Medio y Segundo Período Intermedio. Esta mezcla de elementos en las prácticas funerarias se produjo como consecuencia de la influencia y presencia de población asiática en estas comunidades. (Forstner- Müller, 2010).

En definitiva, parece que la selección del tipo de enterramiento no tendría que ver mucho con la consideración o no del niño como persona, sino más bien con las posibilidades socioeconómicas familiares, ya que contamos desde enterramientos en fosas simples y cubiertos con una estera hasta enterramientos en ataúdes decorados y acompañando en las tumbas a sus padres. Igualmente, no todos los adultos se podrían enterrar en grandes tumbas, con ricos ataúdes y ajuar, viendo en diferentes cementerios la presencia de adultos enterrados en hoyos simples cubiertos con esteras y de niños dentro de ataúdes de madera (Kemp, 2015). Sea como fuere, lo importante es que los más pequeños también recibían un enterramiento apropiado, lo que indicaría que necesitaban de unos cuidados al morir para poder acceder al Más Allá al igual que los adultos.



Figura 4. Enterramiento de un niño en contexto de hábitat con cerámicas y joyas por ajuar. Necrópolis de Adaïma (Tristant, 2012, Fig. 36).

¿QUÉ PASABA CON LOS NIÑOS AL MORIR?

Según los restos arqueológicos disponibles, hemos podido ver que los niños también precisaban de un enterramiento adecuado, independientemente del tipo, siendo el elemento común la protección del cuerpo. No hay ninguna referencia a que los niños fuesen a un Más Allá diferente al de los adultos. Pero el hecho de que recibiesen un enterramiento en el que se depositaron elementos de ajuar y alimentos, hace indicar que los niños no eran simplemente depositados en las tumbas, sino que recibieron un tipo de cuidado especial al igual que los adultos (Meskell, 2000, pp. 428-429). Los ajuares de algunas de sus tumbas nos muestran que se esperaba que alcanzaran el Más Allá como los adultos, pues se han encontrado tumbas con cerámicas con alimentos y jarras de cerveza (Tristant, 2012, p. 41), elementos necesarios tanto para el viaje al Más Allá como para su estancia en él, incluso se han encontrado juguetes dentro de las tumbas, como en la tumba

100 de Nagada (Janssen y Janssen, 1990, pp. 44-46), lo que denotaría cierta preocupación y deseo por su bienestar en el Más Allá.

Existen pocos restos, arqueológicos o textuales, que nos hablen de la situación de los niños tras la muerte, sobre todo en relación a si existió o no un culto relacionado con ellos. Este tema también entraría en relación con la controversia antes mencionada sobre si los niños eran considerados personas al igual que los adultos o si tenían un estatus social diferente, lo que podría llevar a unos tipos de enterramiento y culto diferentes.

Los elementos principales del culto funerario se centraban en la presentación de ofrendas de comida y bebida, libaciones y quema de incienso frente a las estatuas o imágenes de los difuntos, donde se pensaba que se trasladaría el *ka* del mismo para recibirlas (Harrington, 2005, pp. 40-43). Con ello lo que se consigue es que el difunto siga existiendo, formando parte de la realidad desde su nueva posición de difunto y siendo parte del grupo de antepasados. Este culto posiblemente fuese realizado durante varias generaciones, pasando luego el difunto a la categoría de antepasado junto con los anteriores familiares difuntos, dotando a la familia de un marco social al que vincularse, con un sentido de pertenencia al mismo (Harrington, 2012, pp. 29-31).

Para la realización de estos cultos eran fundamentales los hijos, sobre todo el hijo mayor, quienes realizaban las tareas de cuidado y mantenimiento de sus antepasados mediante la realización de las ofrendas periódicas y el pronunciamiento de su nombre. El pronunciamiento del nombre era un aspecto importante pues, como dice Assmann (2005, pp. 41-52) “uno vive si su nombre es mencionado”, lo que hace que el individuo siga vivo dentro de la sociedad cuanto más reconocimiento tenga dentro de la misma y más personas puedan pronunciar su nombre, por lo que era importante su posición dentro de la sociedad para su existencia tras la muerte. La importancia del nombre puede verse en que es el padre el que pone nombre al recién nacido, introduciéndole con ello en la sociedad y, al morir, será el hijo el encargado de pronunciar el nombre del padre para que siga presente dentro de la misma como difunto.

Todos estos elementos relacionados con el culto a los antepasados se pueden ver en las escenas de culto y banquete realizadas en las tumbas. En ellas aparecen los difuntos recibiendo las ofrendas o realizando diferentes actividades. Sin embargo, la representación de niños en estas escenas es muy escasa y siempre aparecen vinculados a sus padre.

Hasta la dinastía XIX aparecen con menos frecuencia y casi siempre en un contexto simbólico, ya que se recurría a la representación de niños en estas escenas como elemento rejuvenecedor y que ayudaría al difunto a renacer en el Más Allá, como en las escenas de caza y pesca (Seco, 2010, p. 161).

También aparecen en otras escenas aunque con menos frecuencia, como son las escenas de procesiones y banquetes. En las primeras suelen participar junto con los adultos en las prácticas de duelo las niñas o llevando objetos los niños. Sin embargo, las

que aquí nos interesan son las escenas de banquete, ya que en algunas de ellas se puede ver la representación de niños participando en los mismos, niños que estarían muertos, ya que aparecen como *m3a xrw* (Harrington, 2005, p. 54). Sin embargo, en estas escenas no aparecen como principales receptores de las ofrendas, sino que aparecen acompañando a otros personajes, principalmente sus padres y con el posible objetivo de beneficiarse ellos también de las ofrendas que reciben.

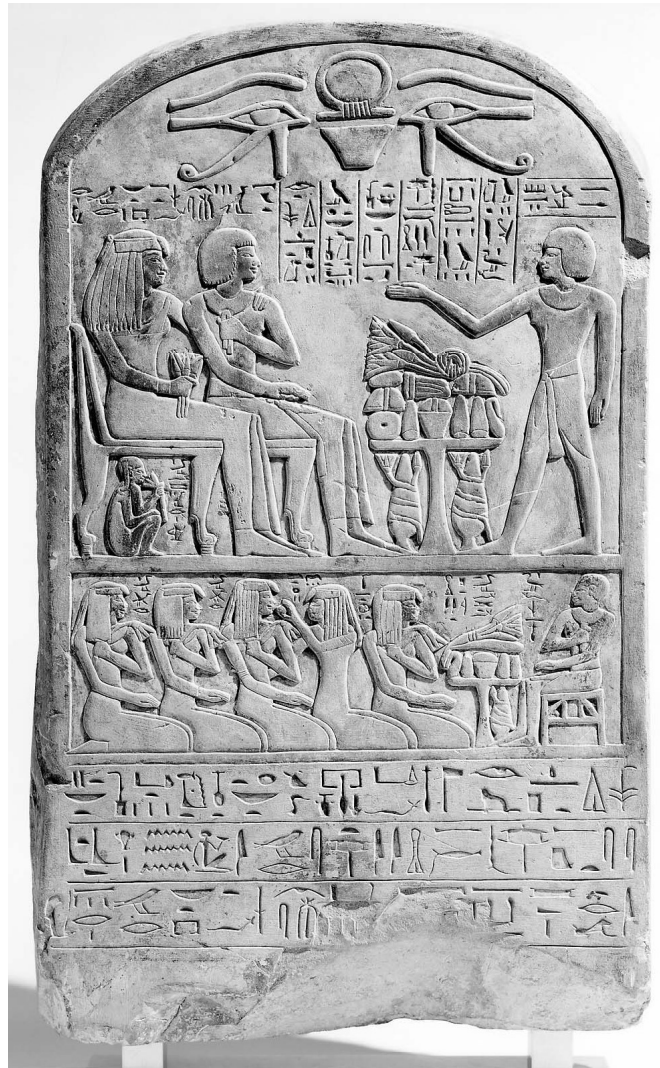


Figura 5. Estela funeraria de Ahmose y su esposa donde se ve a un niño recibiendo las ofrendas al lado de sus padres. XVIII Dinastía. Museum of Fine Arts Boston.

A partir de la XIX dinastía se constata un cambio en la religión y disposición de las tumbas. Ahora la religión tendrá un carácter más personal y las tumbas albergarán no

sólo a individuos, parejas y familias nucleares pequeñas, sino que ahora se enterrarán en ellas familias extensas, aumentando la visibilidad en ellas de mujeres y niños. Además, en las escenas representadas en las paredes de las tumbas aparece un mayor énfasis en el Más Allá, con una mayor relación entre los individuos (Meskell, 1999). Así, en estas representaciones, los niños, aunque no sean los receptores principales del culto y las ofrendas, se benefician de ellas al compartir las que reciben los otros personajes (Fig. 5).

Aparte de estas escenas en las tumbas, apenas tenemos representaciones de niños en otros ámbitos, aunque sí hay algunas huellas en la esfera doméstica.

EL CULTO DOMÉSTICO

Todo lo que se ha tratado anteriormente hacía referencia a las tumbas de aquellas personas con posibilidades económicas para construirse una tumba y decorarla con diversas escenas. Sin embargo, la mayor parte de la población no podría permitirse este tipo de enterramientos, teniendo que recurrir a otros más simples y económicos. Lo mismo sucede con el culto, si no existe una capilla donde realizarlo, es posible que este culto se realizara directamente sobre la tumba o en las casas, en santuarios o nichos dedicados a ello, siendo sustituidas las representaciones de las paredes a la tradición oral y las capillas funerarias a los nichos en las casas.

Sin embargo, los contextos domésticos están peor estudiados, a lo que hay que añadir que los restos encontrados en ellos son menores, ya sea por el escaso interés que tuvieron en la investigación o por la menor perdurabilidad de los materiales utilizados en los mismos.

El contacto con los difuntos sería algo natural dentro del ámbito doméstico, como evidencian los bustos antropomorfos, las estelas, altares⁴, nichos encontrados en las casas de Deir el-Medina, en Amarna, Elefantina o Lahun. Existe cierta controversia entre los investigadores sobre si estos bustos representarían a todos los difuntos de forma general, no siendo bustos individualizados sino anónimos, y que se asociarían con diferentes antepasados en diferentes momentos según las necesidades (Exell, 2008). En cambio, Para Harrington (2005) estos bustos podrían representar a personajes concretos, principalmente mujeres, siendo el motivo de que no tengan nombre el hecho de que estarían situados en nichos o pedestales que sí los llevarían. Además, también considera que algunos de estos bustos podrían estar dedicados a los espíritus de los niños serían aquellos de menor tamaño y que tienen un peinado característico infantil (sobre todo masculinos) (Harrington, 2005, Fig.13).

4. Referido a los altares domésticos, existen varias interpretaciones sobre si los denominados por Bruyère (1939) como *lit clos* eran espacios femeninos, relacionados con la mujer y el parto o si, por el contrario, podrían ser altares domésticos (Weiss, 2009).

En cuanto a las estelas, aparecen destinadas principalmente a los hombres. Sin embargo, contamos con una (Fig. 6) en la que aparece un niño sentado sobre las piernas de su madre, siendo él el receptor del culto y de las ofrendas, lo que indicaría que los niños sí podían recibir un culto por parte de sus familiares. Lo que no sabemos es si en esta escena la madre también estaría muerta o simplemente aparece alimentando al niño, pues la parte de la estela en la que aparece su nombre está dañada y no se puede distinguir si después del mismo estarían las palabras *m3a hrw*. Pero lo importante de esta estela es que el protagonista de la misma y receptor del culto y de las ofrendas es un niño llamado Merysekhmet.



Figura 6. Estela funeraria de Merysekhmet, XVIII Dinastía.
British Museum (Tristant, 2012, Fig. 3).

Relacionado con el culto en el ámbito doméstico, un personaje importante en el mismo sería la mujer de la casa, pues es la que más tiempo está en la misma. En las representaciones oficiales de tumbas y templos, son los personajes masculinos los que tienen el protagonismo en las escenas rituales y de ofrendas. Sin embargo, el papel jugado por la mujer en el culto doméstico sería mucho más activo. Es la que se encarga del trabajo en la casa y el cuidado de los niños. Además, en las casas de Deir el-Medina se han

encontrado elementos que la relacionan con un mayor protagonismo referido a la religión doméstica, como es el caso de que haya en las casas pequeños nichos o santuarios en las paredes dedicados a divinidades femeninas y otras que no suelen aparecer en los templos, como Bes, Tauret o Meretseger. Algunos de ellos incluso pudieron albergar bustos o estelas dedicadas a los antepasados. Un ejemplo de este culto doméstico es una estela encontrada en Deir el-Medina (Fig. 7) que muestra a una mujer realizando libaciones frente a un busto antropomorfo y donde el texto que la acompaña dice: *Realizado por la Señora de la Casa, Irer*, lo que demuestra que las mujeres tenían un papel activo en el culto doméstico (Szpakowska, 2012, pp. 8-37).

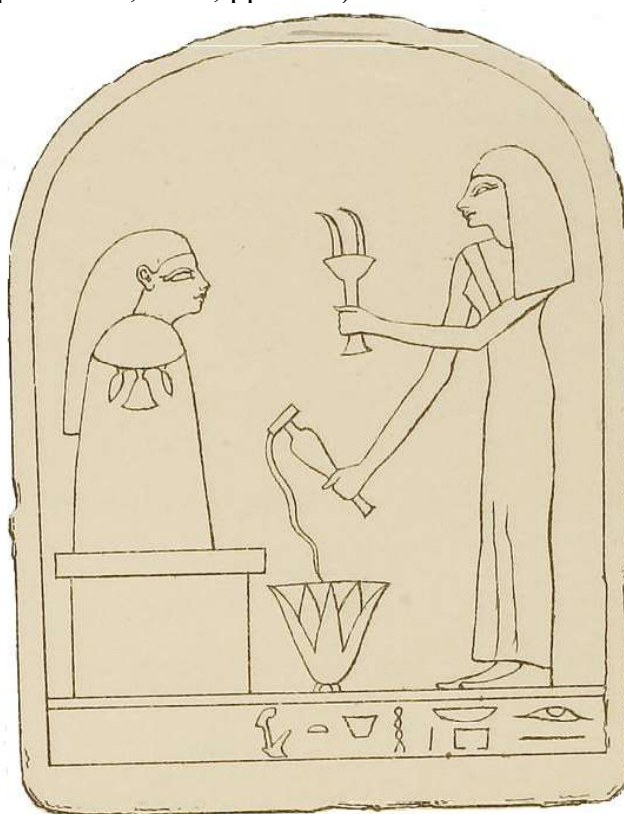


Figura 7. Estela de ofrenda donde se ve a una mujer realizando una libación frente a un busto antropomorfo. (Mariette, 1880 pl. 60).

Estas pruebas indicarían que la mujer sería la encargada de los cultos domésticos, tanto hacia las divinidades como hacia los antepasados a través de estos bustos (Graves-Brown, 2010, pp. 45-46). Y si, como dice Harrington (2005), hay bustos dedicados a los espíritus de los niños, serían las mujeres de la casa, sus madres, las que se encargarían del cuidado también de los hijos fallecidos, sin son ellas las encargadas de cuidarlos en vida, también lo harían tras la muerte. Este cuidado se produciría sobre todo con los bebés enterrados en el suelo de las casas, una practica que parece poco habitual pero que se

constata en diversos yacimientos, y que algunos investigadores relacionan con el hecho de que estos bebés estarían demasiado indefensos y necesitarían la protección de los padres para pasar al Más Allá. Otra explicación sería que se considerase que así el espíritu del bebé quedaría en el hogar, pudiendo volver de nuevo al vientre de la madre y volver a nacer, o favorecer nacimientos posteriores. Podría estar relacionado con esta idea un texto encontrado en Deir el-Medina de un hombre que le pide a una sabia que consiga que los espíritus de sus dos hijos recién fallecidos vuelvan a su hogar, posiblemente con la idea de propiciar nuevos nacimientos (Harrington, 2012, pp. 139-142).

Volviendo a los objetivos de este culto a los difuntos, los vivos esperaban de ellos que estuviese basado en la reciprocidad, ellos les hacían ofrendas a cambio de que los difuntos les ayudaran desde el Más Allá, ya sea interviniendo ante los dioses en beneficio suyo o ayudándoles contra algún espíritu que les molestara, pudiendo ser estos propios familiares difuntos los que les atormenten de alguna manera.

Sin embargo, no parece que considerasen a los niños como agentes que pudiesen interceder por ellos en el Más Allá, pues no aparecen en las cartas dirigidas a los muertos. Sólo aparece una carta de una madre a su hijo pidiéndole ayuda contra un mal que les afecta a ella y a su hija, pero no sabemos la edad que tendría el hijo difunto (Wente, 2010, p. 214), mientras que, en los temas que hacen referencia a los niños, siempre aparecen como aquellos a los que hay que defender, por los que se pide la ayuda para su defensa o directamente para poder engendrarlos.

¿NIÑOS COMO ESPÍRITUS MALIGNOS?

Tampoco parece que los antiguos egipcios viesen a los espíritus de los niños como una amenaza, pues no aparecen referencias a ellos en los textos médicos que nos han llegado.

Parece que los muertos tuvieron un papel importante en la transmisión de las enfermedades, pues se consideraban fuerzas del caos, sobre todo aquellos que no habían conseguido acceder al Más Allá, por lo que sería natural en ellos desarrollar cierta hostilidad hacia los vivos.

Aunque algunos agentes de enfermedades o malestares pudieron ser también los *ahw*, los principales protagonistas de estos ataques serían los muertos hostiles (*mt*, *mtt*, *mtyw*), descritos en los textos médicos como aquellos que murieron de forma prematura, violenta o que no fueron correctamente enterrados (Kousoulis, 2007, pp. 1043-1044). A pesar de que los niños están dentro de la categoría de muerte prematura, no hay indicios de que fuesen considerados peligrosos.

Se pensaba que los espíritus de las mujeres eran los más peligrosos, sobre todo de las extranjeras (Pinch, 1994, pp. 57-58). Los grupos más propensos a recibir sus ataques y los de otros seres serían las mujeres y los niños, pues serían los grupos de mayor tasa

de mortalidad, sobre todo durante los partos. Es por ello que se han encontrado diversos amuletos para asegurar su protección, como los amuletos de papiro antes mencionados, y que contenían conjuros dirigidos a diferentes dioses para que protegiesen al niño contra diversos males: “Erect your mast, unfold the sail, depart for the Iaru-fields! Take with you the male and the female possessor, the male and the female dead, who are before the face of Anynakhte, son of Ubekht...” (Janssen y Janssen, 1990, pp. 22-23).

La presencia de estos agentes de enfermedad o sufrimiento se expresaba de forma física, principalmente por la visión de los espíritus durante los sueños o por la creencia de que éstos entraban en el cuerpo de la víctima o de que les introducían sustancias nocivas. La creencia de la forma de introducción de estas sustancias se hacía por analogías sexuales, mediante la eyaculación de las mismas y su introducción en el cuerpo humano por cualquiera de los orificios del cuerpo, sobre todo cuando la víctima está durmiendo. Por eso aparecen numerosos conjuros para proteger a las personas durante sus sueños de estos ataques, que se pensaba que los podrían llevar a cabo tanto espíritus masculinos como femeninos. Además, algunos investigadores relacionan estos ataques con la actividad sexual, sobre todo porque la palabra *mtwt* puede significar semen, pero también puede usarse en relación con el veneno, por lo que sería una sustancia nociva (Kousoulis, 2007; Pinch, 1994, p. 82; Ritner, 1990).

Al contrario de otras culturas, como la mesopotámica, en ningún texto médico aparece la presencia de niños como agentes de enfermedades. En Mesopotamia, por ejemplo, tenemos la figura del demonio *kūbu*, espíritus de niños convertidos en demonios al morir y cuya misión será atacar a mujeres embarazadas y a niños pequeños para que mueran y que no consigan tener una larga vida, al igual que les sucedió a ellos (Couto, 2005, pp. 39-45). Pero en Egipto no hay nada que nos haga indicar la existencia de un temor hacia estos espíritus.

En Egipto, los conjuros contra el ataque de espíritus malignos siempre hacen referencia a distintos seres, como fantasmas masculinos o femeninos, demonios masculinos o femeninos, hombres muertos o mujeres muertas... pero ninguna referencia a los niños.

Oh male adversary, [female adversary, male ghost, female ghost] be far from [me...] Oh dead man, dead woman, without coming. He will not go forth with face forward, with limbs as [sound] limbs, since his heart is destined for the Evening Meal of the one in the act of striking. (O. Gardiner 363, Ritner, 1990).

Esta ausencia de los espíritus de los niños como seres amenazantes o peligrosos podría deberse a la consideración de los niños como seres débiles e inmaduros (Harrington, 2005, p. 62). Desde el nacimiento necesitaban la ayuda de los padres para sobrevivir, siendo posible que al morir no se les considerase capaces de actuar a favor ni en contra de los vivos. Además, su ausencia también podría deberse a que no se desarrollaron sexualmente antes de morir. En Egipto se daba gran importancia a la recuperación de las

capacidades sexuales de los difuntos en el Más Allá, pero si los niños murieron antes de desarrollarse completamente desde el punto de vista sexual, no tendrían estas capacidades en el Más Allá y, por lo tanto, no podrían participar de estos ataques a los vivos. Esta falta de desarrollo de los niños, no sólo desde el punto de vista sexual, se puede ver en diferentes textos que nos han llegado. En el epílogo de las *Instrucciones de Any* se describe a los niños como inmaduros, faltos de sabiduría y que deben ser enseñados (“The son understands little when he recites the words in the books. A boy does not follow the moral instructions, though the writings are on his tongue”), por lo que todavía no están completamente formados desde el punto de vista moral o en cuanto a sabiduría. Otro ejemplo lo vemos en la Estela de la Esfinge de Amenophis II donde, siguiendo las palabras de su padre Tuthmosis III, se dice: “He is a charming young man, still without wisdom, and not yet ripe for the work of Montu (la batalla)...” (Janssen y Janssen: 1990, p. 154), por lo que se consideraba que todavía no estaba completamente desarrollado.

REFLEXIONES FINALES

Lo que se ha querido manifestar a lo largo de esta comunicación es cómo están evolucionando los estudios sobre los niños en Egipto desde mediados del siglo XX. Con ellos se está viendo que los niños del Antiguo Egipto también fueron receptores de cuidados antes y tras la muerte, que también recibieron los cuidados necesarios para tener un enterramiento apropiado, con su propio ajuar, y que es posible que también se les realizara un culto tras su muerte.

Está claro que la mortalidad infantil en la Antigüedad tuvo unas tasas muy elevadas, siendo extraña la ausencia de un mayor número de enterramientos infantiles. Sin embargo, también es cierto que las primeras investigaciones sobre la sociedad egipcia se centraron en los grandes monumentos y personajes, dejando siempre de lado el estudio de las sociedades más humildes, sobre todo lo concerniente a mujeres y niños. Parece que esta tendencia está cambiando en las últimas décadas y cada vez hay más estudios de género en los que se incluyen los infantiles, estudios que están sacando a la luz diferentes aspectos antes ignorados, como es el tratamiento de los niños al morir y el culto doméstico.

A través del estudio de diferentes cementerios y comunidades se ve que los niños recibieron un cuidado tras la muerte semejante al de los adultos, siempre en función de las condiciones socioeconómicas de la familia, pues tenemos enterramientos de niños en hoyos simples con sólo algunas cerámicas como ajuar y otros en ataúdes, dentro de tumbas con ajuares más numerosos, entre los cuales podemos encontrar joyas de oro y plata.

Estos estudios también están sacando a la luz la existencia de una religión y culto más privado y menos oficial en el ámbito doméstico, donde las mujeres serían los personajes principales a la hora de realizar el culto. Al ser la mujer la encargada

del cuidado de los niños durante su crecimiento, no es de extrañar que sea ella la que se encargue de su cuidado tras su muerte, como muestra la estela antes mencionada de Merysekhmet.

Finalmente, se ha querido resaltar el hecho de que, en comparación con otras culturas como la Mesopotámica, no se encuentren referencias a daños causados por los espíritus de los niños, posiblemente por ser vistos como seres indefensos y no completamente desarrollados, por lo que no suscitarían el mismo miedo o preocupación que los demás.

Desgraciadamente, todavía no se puede equiparar el conocimiento que se tiene de este segmento poblacional al del resto de la población egipcia, siendo necesarios más estudios del mundo infantil en Egipto para así poder tener una visión más completa de esta sociedad, al igual que se hizo cuando comenzaron los estudios de género.

BIBLIOGRAFÍA

- ARROYO DE LA FUENTE, M^a A. (2006-2007), Evolución iconografía y significado del Dios en los templos ptolemaicos. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua*, t. pp. 19-20.
- ASSMANN, J. (2005), *Death and Salvation in Ancient Egypt*. Ithaca, New York: Cornell University Press.
- BAINES, J., LACOVARA, P. (2002), Burial and the dead in ancient Egyptian society. Respect, formalism, neglect. *Journal of Social Archaeology* 2 (1), pp. 5-37.
- BRESCIANI, E. (2001), *A orillas del Nilo. Egipto en tiempos de los faraones*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- BRIER, B. (2008), *Los misterios del Antiguo Egipto*. Barcelona: Robinbook.
- BRUYÈRE, B. (1939), Rapport sur les fouilles de Deir el-Médineh (1934-1935). *Fouilles de l'Institut français d'archéologie orientale* 16. Cairo: IFAO.
- CIMMINO, F. (1991), *Vida cotidiana de los egipcios*. Madrid: EDAF.
- COQUEUGNIOT, H., CRUBÉZY, E., HÉROUIN, S., MIDANT-REYNES, B. (1998), La nécropole nagadienne d'Adaïma. Distribution per âge des sujets du secteur est. *BIFAO* (98), pp. 127-137.
- COUTO, E. (2005), Los espectros furiosos como causa de enfermedad en Mesopotamia. *Historiae* 2, pp. 27-53.
- DEMARCHI, G.J. (2012), La medicina en el Antiguo Egipto. *Revista del Hospital J.M. Ramos Mejía*, Edición electrónica. Volumen XV, n^o2, pp. 1-6.
- EXELL, K. (2008), Ancestor bust. En Wendrich, W. y Dielman, J. (Eds.) *UCLA Encyclopedia of Egyptology*, Los Angeles.
- FORSTNER-MÜLLER, I. (2010), Tombs and burial customs at Tell el-Dab'a

- during the Late Middle Kingdom and the Second Intermediate Period. En Marée, M. (Ed.), *The Second Intermediate Period (Thirteenth-Seventeenth Dynasties). Current research, future prospects*. Leuven: Peeters, pp. 127-138.
- GRAJETZKI, W. (2004), *Harageh, an Egyptian burial ground for the rich, around 1800 BC*. London: Golden House Publications.
- GRAVES-BROWN, C. (2010), *Dancing for Hathor. Women in Ancient Egypt*. London: Continuum.
- HARRINGTON, N. (2005), Children and the Dead in New Kingdom Egypt. En Maris, R. y Stevenson, A. (Eds.), *Current Research in Egyptology 2005. Proceedings of the sixth Annual Symposium*. Oxford: Oxbow Books.
- (2012), *Living with the dead. Ancestor Worship and Mortuary Ritual in Ancient Egypt*. Oxford: Oxbow Books.
- JANSSEN, R.M., JANSSEN, J.J. (1990), *Growing up in Ancient Egypt*. London: The Rubicon Press.
- JIMÉNEZ SERRANO, A. (2002), Las enfermedades y dolencias en el Antiguo Egipto I: El parto y los recién nacidos. *Seminario Médico*, vol. 54, n.1, pp. 19-24.
- JUSTEL VICENTE, D. (2012), El estudio de la Infancia en el Mundo Antiguo. *Niños en la Antigüedad: estudios sobre la infancia en el Mediterráneo Antiguo*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 15-29.
- KEMP, B. (2015), Tell el-Amarna 2014-15. *The Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 101, pp. 1-35.
- KOUSOULIS, P. (2007), Death entities in living bodies. The demonic influence of the dead in the medical texts. En Goyon, J.-Cl. y Gardin, C. (Eds.), *Proceedings of the Ninth International Congress of Egyptologists*, OLA 150, Leuven: Peeters, pp. 1043-1050.
- MARIETTE, A. (1880), *Abydos: description des fouilles (Band 2): Temple de Sêti (Supplément), Temple de Ramsès. Temple d'Osiris. Petit Temple de l'Ouest. Nécropole*. Paris.
- MESKELL, L. (2000), Cycles of Life and Death: narrative homology and Archaeological Realities. *World Archaeology*, nº3, vol. 31, pp. 423-441.
- (2002), *Private life in New Kingdom Egypt*. Estados Unidos: Princeton University Press.
- MONTET, P. (1990), *La vida cotidiana en Egipto en los tiempos de los Ramsés*. Madrid: Temas de hoy.
- PARRA ORTIZ, J.M. (2010), *Momias. La derrota de la muerte en el Antiguo Egipto*. Barcelona: Crítica.
- PÉREZ LARGACHA, A. (2004), *La vida en el Antiguo Egipto*. Madrid: Alianza.
- PINCH, G. (1994), *Magic in Ancient Egypt*. London: British Museum Press.

- RITNER, R. (1990), O. Gardiner 363: A Spell Against Night Terrors. *Journal of the American Research Center in Egypt*, Vol. 27, pp. 25-41.
- Robins, G. (1996), *Las mujeres en el Antiguo Egipto*. Madrid: Akal.
- Sanmartín, J., Serrano, J.M. (1998), *Historia Antigua del Próximo Oriente. Mesopotamia y Egipto*. Madrid: Akal.
- SANTIAGO, Z. (2007), Los niños en la historia. Los enfoques historiográficos de la infancia. *Revista Takwá*, nº 11-12, pp. 31-50
- SECO, M. (2010), El papel del niño en las pinturas de las tumbas tebanas de la XVIII dinastía. *Complutum*, vol. 21 (2), pp. 155-162.
- STEVENS, A. (2012), Amarna South Tombs Cemetery. The 2011 Excavations at the Lowers Site and Wadi Mouth Site. Preliminary Archaeological Report.
- STEVENS, A., SHEPPERSON, M., PITKIN, M., DAWSON, J., MARCHANT, J., RAVAIOLI, F. (2013), Amarna South Tombs Cemetery. Preliminary Report on the 2013 Excavations and Artefact Conservation.
- SZPAKOWSKA, K. (2008), *Daily Life in Ancient Egypt: Recreating Lahun*. Singapur: Blackwell.
- (2012), Hidden voices: Unveiling Women in Ancient Egypt. En James, S.L. & Dillon, S. (Eds.), *A Companion to Women in the Ancient World*. Oxford: Blackwell, pp. 25-38.
- TRISTANT, Y. (2012), Les enterrements d'enfants dans l'Egypte predynastique et pharaonique. En Nenna, M.D. (Ed.), *L'Enfant et la mort dans l'Antiquité II. Types de tombes et traitement du corps des enfants dans l'antiquité gréco-romaine*. Alexandrie: Centre d'études Alexandrines.
- WEISS, L. (2009), Personal religious practice: house altars at Deir el-Medina. *The Journal of Egyptian Archaeology* 95. London: The Egypt Exploration Society, pp. 193-208.
- WENTE, E. (1990), *Letters from Ancient Egypt*, Atlanta: Georgia Scholars Press.

Con el propósito de servir de punto de encuentro e intercambio de conocimientos, se desarrolló en Murcia el tercer Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores del Mundo Antiguo (CIJIMA). Organizado por el CEPOAT de la Universidad de Murcia tuvo lugar del 7 al 8 de abril de 2016. Durante cuatro productivas sesiones se presentaron trabajos relacionados con la historia, la arqueología, el arte, la didáctica de la historia, la filología clásica, la epigrafía, el derecho o la antropología. Esta publicación recoge las comunicaciones a dicho evento.

UNIVERSIDAD DE
MURCIA



cepoAt

UNIVERSIDAD DE MURCIA
centro de estudios del
próximo oriente y la
antigüedad tardía



FUNDACIÓN CAJAMURCIA

ISBN: 978-84-931372-5-0



9 788493 137250